

Los devaneos de Dios

Javier Urbieta

Novela

Registrada en la Propiedad Intelectual.

Todos los derechos reservados.

Para ti Laura, amor de mi vida.

ÍNDICE

Capítulo	Título	Página
Uno	El manuscrito	5
Dos	Mendiur	8
Tres	El Batallón de Ezcurdia	18
Cuatro	El sobrino del cura	26
Cinco	Aire fresco	37
Seis	Los poderes en Mendiur	50
Siete	Subalternos y subalternas	70
Ocho	El alma de un cura	89
Nueve	Investigando	105
Diez	Un problema de consanguinidad	126
Once	Negocios con los carlistas	144
Doce	Un rescate y un problema	176
Trece	Los arrestos de la Renovales	203
Catorce	El infierno	217
Quince	Gentes del obispado	239
Dieciséis	La resistencia	271
Diecisiete	Días de Guerra	291
Dieciocho	Una visita	299
Epílogo		308

LOS DEVANEOS DE DIOS

Capítulo I: El manuscrito

El capitán y el sargento, tras un grueso pino, miraban hacia el este del estrecho valle, tan propio de la singular orografía gipuzkoana.

La columna enemiga, avanzaba y se hallaba a unos mil metros de donde ellos se encontraban emboscados, en el ribazo del pinar, prestos al combate.

—Zabala, fuego a discreción — ordenó el capitán a su sargento —, en cuanto el estandarte enemigo esté a la altura de nuestro último fusil.

—Sí mi capitán.

El capitán Lascuráin había preparado minuciosamente la acción. Conocedor del terreno, comprobó que su previsión era acertada, al ver que los dos hombres de avanzada que el mando enemigo había desplegado a cincuenta metros a ambos lados de su formación se unían a la derecha del riachuelo.

—¡Fuego!

La sorpresa fue total y la escaramuza arrojó un balance de noventa y siete muertos en el bando liberal, por tres en el carlista.

Este es un párrafo del manuscrito que Ambrose Bramson encontró en la biblioteca que había heredado, junto con la casa, de su abuelo William.

Aquel legajo, no lo había escrito su abuelo sino un antepasado más antiguo, Walter Bramson. Al final de sus casi quinientas páginas, se podía leer “Brighton 1913” y a continuación Walter B. con una rúbrica.

A Ambrose le interesó el texto desde el momento en el que leyó el título “The ravings of God”, que puede traducirse como Los devaneos

o Los desvaríos de Dios. Viendo más documentación, cartas, notas y todo tipo de apuntes que su antepasado escribió con profusión y conservó con celo, celo conservador que, aunque no de lectura o de investigación por parte de sus directos herederos, permitió que llegase a su tataranieta Ambrose, completo y ordenado. Éste se dio cuenta, casi de inmediato, de que lo que Walter Bramson había escrito, era un extenso relato inédito de sus andanzas en el territorio de Gipuzkoa durante la tercera guerra carlista, y emocionado y contento, continuó su lectura.

Descubrió leyendo una especie de diario que, Walter había viajado hasta San Sebastián desde su Brighton natal en la primavera de 1870, sin motivo que él, hasta el momento, conociera y por deducir alguna cosa, dedujo que sería uno de aquellos viajeros ingleses, enamorados de los caminos a emprender y luego recorrer. Pero se equivocaba, al menos parcialmente, dado que Walter Bramson sí era un enamorado de los caminos, pero también trabajaba como periodista desde sus veinte años en The Times, y cubrió en 1868 por mandato del director de ese periódico, el acontecimiento que presidió en Londres el pretendiente al trono español, Carlos María de Borbón y Austria Este, luego llamado Carlos VII, con las principales figuras del carlismo para relanzar este movimiento aprovechando la crisis del régimen isabelino en España.

Y fue así como dos años después fue enviado a Gipuzkoa como corresponsal en el conflicto que nadie dudaba era inevitable, y que sería denominado Tercera Guerra Carlista. De esta manera Walter Bramson se vio inmerso en esta guerra que se acepta comenzó el 21 de abril de 1872, una vez que Don Carlos hubo convencido a los gobiernos europeos conservadores, de la necesidad de la guerra contra una España liberal, y cruzando la frontera francesa por Navarra el 2 de mayo de 1872, se puso al frente del alzamiento.

Pero a los dos días de haber tomado el mando, el general gubernamental Domingo Moriones entró por sorpresa en el

campamento carlista de Oroquieta, atacando y venciendo de forma aplastante a los insurrectos y obligando al pretendiente a cruzar nuevamente la frontera con Francia, si bien en sentido opuesto, poniendo fin momentáneamente a la insurrección carlista en las Provincias Vascongadas.

Walter escribió en su diario una nota para esa jornada “mala traza la del pretendiente”.

Capítulo II: Mendiur

Las campanas de la iglesia llamaban a misa mayor. Un monaguillo ayudaba a Don Anselmo el párroco, a ponerse su primorosa casulla de oficio mayor dominical.

Mendiur, pueblo gipuzkoano de apenas mil almas, tenía tres curas, el ya mencionado párroco, hombre de cuarenta y cinco años, consagrado a los veintidós, varón de buena planta, agrio y valentón. Sus dos inferiores, eran un anciano sacerdote pamplonés, recién destinado a Mendiur por su obispo, para bien allí morir, y un jovenzuelo recién salido del seminario de nombre Tomás Mendiola.

La iglesia se hallaba abarrotada por gentes del lugar y de los caseríos cercanos.

Uno de los asistentes era Walter Bramson que, después de haber recorrido las provincias vascas, había decidido instalarse por tiempo indefinido en aquel hermoso pueblo tras llevar un mes en él y haber constatado que era arquetípico del país y por ello, lugar en el que confluían, se mezclaban y luchaban, las ideas, los afanes y las miserias de las dos partes contendientes en aquella tercera guerra carlista. Walter había sido educado en el seno de la iglesia anglicana y consideraba este hecho como pura consecuencia del azar que, a él le había hecho nacer en el sur de Inglaterra, en el seno de una acomodada familia de comerciantes de aprovisionamientos navales. Buen lector y de mente inquieta e imaginativa, se trasladó a sus dieciocho años a Londres y consiguió un empleo en el periódico. Hizo sus primeros pinitos como redactor, más tarde escribió crónicas y artículos sobre diversos acontecimientos, y en 1868 llamó la atención de profesionales del periodismo y público en general, por sus incisivos

artículos sobre las consecuencias que acarrearía para Inglaterra un apoyo explícito a la causa del pretendiente español Carlos VII.

The Times, fue el primer diario que envió periodistas al extranjero para todo tipo de asuntos, y también fueron suyos los primeros corresponsales en los conflictos bélicos del siglo XIX, y uno de ellos y en las provincias vascas en la tercera guerra carlista, lo fue Walter Bramson.

Y allí se encontraba este personaje, de pie en la parte trasera de una iglesia que a él le pareció enorme para un pueblo tan pequeño. Había conocido a Don Anselmo el párroco, o para ser precisos, el párroco tuvo conocimiento de su llegada al pueblo casi de inmediato a producirse esta. Un día el clérigo se hizo el encontradizo, charlaron durante unos minutos y se cayeron bien, de forma que ese domingo 16 de marzo de 1873 después de misa, habían quedado para comer juntos en la taberna de Asensio.

La taberna de Asensio era una taberna, pero Asensio era algo más que un tabernero. Nada más conocerse, Asensio llamó “inglés” al periodista y éste pronunció su nombre diciendo “Eisensio”. Pocos días después, Asensio charlaba con Walter en una esquina del mostrador de la taberna, fue a atender a un forastero a quien dijo: “yo no cobro el primer trago a los liberales”, el cliente le contestó “¿cómo sabes tú que soy liberal?, y la respuesta fue, “por la pinta hombre y porque coges el vaso con la mano izquierda”. Al volver Asensio junto a él, Walter se interesó por esa curiosa afirmación y el honrado tabernero le contestó:

“Los carlistas no cogen el vaso con la izquierda, porque dice el cura que es la mano del diablo, la mano para pecar y por eso se echan las pajas solo con la zurda”. Walter supo al instante que Asensio sería un magnífico informante de las costumbres del lugar, cosa en la que él estaba sobremanera interesado, pues en el tiempo que llevaba en tierras vascas, a las que llegó con un desconocimiento absoluto sobre

ellas, había conocido cosas y costumbres que le maravillaban, por lo diferentes a las suyas y a las de su patria, sobre todo en lo referente al inmenso poder de la religión, enseñada y gobernada por los curas con mano de hierro, sin disimulos de bondad y mucho menos de tolerancia.

Don Anselmo subió al púlpito y se hizo el silencio absoluto. Walter había estado el domingo anterior en misa mayor, pero llegó muy tarde y no se enteró de mucho pero, en ese día, atento desde el inicio hubo de reconocerse que estaba un tanto sobrecogido ante el imponente silencio que se produjo en aquella parroquia cuando el cura subió al lugar de la predicación y ya en él, elevó su brazo y con amenazante dedo índice dirigido a la feligresía proclamó:

“Lucifer fue el primer liberal que dio el grito de libertad en el cielo. Su bandera ondeó entre las huestes angélicas. El primero que reclamó sus derechos individuales proclamándose independiente e igual al mismo Dios. El ángel rebelde que fue el primer revolucionario y el primer demócrata.

Adán y Eva fueron sus seguidores, imitados por las posteriores generaciones que ahora proclaman la República.

¿Elecciones?

¿Elecciones queridos feligreses?

¡Bayonetas!, bayonetas y nada más.

Nada de poesías.

La llave del problema está en la punta de las espadas” (1)

(1)— Lo entrecomillado es un texto de la película “Crónica de la guerra carlista (1872 — 1876), de Sauli Films, escrita por José María Tuduri y subvencionada por el Ministerio de Cultura y por el Gobierno Vasco.

Tras esta diatriba, continuó el sacerdote con amenazas furibundas a los incumplidores de la doctrina de la Santa Madre Iglesia, describiendo un infierno espeluznante en los sufrimientos que allí se padecen, y al que irían irremisiblemente los enemigos de la fe, para concluir afirmando con rotundidad:

“Dios es carlista, ya lo sabéis, así que ni una tontería”.

Walter llevaba tres años en tierra vasca y conocía ya más que lo suficiente del idioma de la tierra, como para entender perfectamente, no solo el sentido de aquel sermón, sino la literalidad de “Jaungoikoa karlista da, jadanik dakizue...” y se estremeció.

—¿Es posible? — se preguntó Walter —.

—Sí lo es, acabo de oírlo y con toda claridad — se contestó —.

—Pero el cura no puede creer en todas esas cosas que ha dicho — insistió su voz interior —.

—Bueno, se lo preguntaré luego en la comida — se dijo aún estupefacto —.

Finalizó la misa en la que comulgaron con aparatosa devoción las mujeres y circunspectos los hombres, y Walter sin esperar a las últimas plegarias salió al pórtico y encendió su pipa. Minutos después saludó a varios asistentes a la misa, a quienes conocía por ser parroquianos de la taberna de Asensio y preguntó a uno de ellos por la elegante dama a la que acompañaban un caballero y una joven de mayestático porte. Fue informado de que la dama era Doña María Dolores, la esposa de Don Fermín Azcárate, el hombre más rico del pueblo, el caballero que la acompañaba, el médico Don Jaime, y la joven Zuriñe, la hija de la dama y de Don Fermín. Walter ya conocía o sabía de oídas, de las personas y personajes más representativos de aquel pueblo singular y los fue enumerando mentalmente en un ejercicio de periodista profesional que sabe con quién tiene que hablar y sobre quien tiene que preguntar.

Don Fermín, hombre de leyes, liberal, rico y extravagante, al decir de sus vecinos, por la forma en la que se relacionaba con todos y cada uno de ellos. Propietario de una próspera ferrería y un molino, además de una tienda y una espléndida casa familiar, pagaba bien a sus operarios y con inusitada largueza el recado más sencillo de realizar. Solía decir que él no practicaba la caridad, sino que cumplía con su parte en el contrato de comisión de servicio. Las gentes de Mendiur pensaban que estaba un poco loco, pero bendita locura, decían.

Lucas Barrasa, de origen alavés, afincado en Mendiur adonde había llegado hacía treinta años con un carro lleno de cacerolas y cachivaches, y tenía ahora un gran almacén con su correspondiente tienda de venta al público, de todo tipo de útiles para la labranza, así como de alimentación. Era el jefe de la facción carlista del pueblo, y además alcalde de la localidad.

Justino Emparanza, carlista recalcitrante, sacristán de la parroquia, fanático seguidor del párroco y hombre con muy mala leche.

María Renovales, gallega de Portomarín, cuarentona mujer de apetitosas carnes, que regentaba un local que en el pueblo llamaban “la tienda de las Marías”, con tres dependientas de mucho y bien mirar, que vendían desde retales y botones hasta ungüentos para mujeres, cosa que cabreaba mucho al párroco, pero que se veía obligado a no demonizar pues la Renovales, hábil mujer, donaba a la parroquia regularmente una importante cantidad de dinero, amén de que las Marías, prestaban otro tipo de servicio a los más pudientes del pueblo, y eso contrarrestaba las consecuencias de las iras del hombre ungido por Dios.

Este grupo de personajes era una muestra representativa de lo que Walter se encontró en Mendiur, y que le pareció sumamente interesante y digno de ser conocido, descrito y analizado.

En esos pensamientos estaba el periodista inglés, cuando al ver que se acercaba el párroco vació su pipa dando golpecitos con ella contra una columna que sustentaba una figura que quería ser la de un alado ángel, lo que hizo que el clérigo le mirara reprobador. Caminaron en silencio desde la iglesia hasta la taberna de Asensio, quien les tenía preparada la mesa y había descorchado ya, una botella del mejor vino posible con el tiempo preciso para que respirara, tal y como al cura le gustaba.

Don Anselmo y Walter tenían dos cosas en común y ninguna otra más, y estas eran, el ajedrez y el Armagnac. La segunda, era rara afición en un inglés, pero al padre de Walter, le traían desde siempre, ese exquisito aguardiente francés, sus muchos amigos que trabajaban en la mar y se había aficionado a él desde jovencito.

En el caso del sacerdote, su afición tenía un calado más evangélico. Había leído hacía años un libro del Prior de Euze, erudito eclesiástico y estudioso de la medicina que escribió en 1310 “El muy útil libro para conservar la propia salud y mantenerse en buena forma”, en el que describe las cuarenta virtudes de un alcohol llamado Aygue Ardente, antecesor del Armagnac. Este manuscrito se imprimió en 1531 y se guardó una copia en los archivos de la Biblioteca Vaticana, y como la Santa Sede todavía no había establecido el dogma de la malignidad del consumo de alcohol, él lo practicaba con entusiasmo y pagana fruición.

Que a dos hombres tan dispares les una un licor, es un comienzo que, si viene apoyado por el amor a practicar un juego como el ajedrez, hace que se miren el uno al otro con interés, y si resulta que los dos son buenos jugadores nace con seguridad una amistad, aunque como en el caso presente esa amistad escondiera el deseo de ambos de derrotar al amigo, no solo en el tablero, sino también y más, en el de la dialéctica de la vida. Y así, antes de que Asensio, que con ellos ejercía de sommelier, maître y camarero, les hubiera servido el primer

plato, la conversación entre ellos se hallaba ya en alturas pre teológicas.

—He podido apreciar que tiene usted una grey muy numerosa, fiel y devota— aduló Walter —.

—Aún me faltan algunos — respondió serio el cura —.

—Le faltan ¿para qué? — alzó una ceja el inglés —.

—Para qué va a ser, para que todos sin excepción, cumplan con la doctrina — le miró fiero el cura — como un buen rebaño.

—¿Qué doctrina y qué rebaño? — inquirió Walter haciéndose el tontaina —.

—¿Cuál va a ser hombre de Dios?, la de la Santa Madre Iglesia, Católica, Apostólica y Romana — enfatizó Don Anselmo — la que Dios me ha encargado que inculque a mi rebaño.

—¡Ah ya!

—¿Pues en qué otra doctrina estabas tú pensando?, ¡Ah bueno! En la tuya claro, en ese churrasco que es el protestantismo.

—No señor, yo nací en tierra de protestantes, pero ni me gusta ni practico esa religión, suponiendo que lo sea. ¿Qué cree usted?, ¿es el protestantismo una religión?

—Hombre, pues no. Religión solo hay una verdadera. La mía.

—Pues me disculpará usted mi ignorancia y mi sorpresa ante tamaña afirmación, pero cada cual puede hacer esa afirmación de la suya — dijo suavemente Walter —.

—No puede y si lo hace blasfema — pontificó el cura —.

—O sea — dijo Walter con seriedad — usted me está diciendo que está en posesión de la verdad, que además es única, y que todos los demás están equivocados.

—Todos no están equivocados, solo los que no creen que el catolicismo es la única fe verdadera — respondió despectivamente Don Anselmo —.

—No estoy de acuerdo.

—Pues te condenarás si no lo remedio yo antes.

—Otra cosa Anselmo, ¿tú te crees todas las cosas que has dicho en el sermón?

—Naturalmente. Esa es mi fe y mi doctrina —dijo orgullosamente el cura —.

—¡Pero hombre!, has dicho que Adán y Eva eran revolucionarios y demócratas — dijo Walter abriendo sus manos —.

—Claro, desde que cometieron el pecado original — afirmó solemnemente el sacerdote —.

—No has tenido tiempo para estar borracho, ¿estás borracho? — preguntó Walter —.

—Yo no me emborracho nunca — dijo el cura —.

—Ya lo veo, lo que haces es simplemente mentir y luego tú mismo te perdonas, magnífico — ironizó Walter —, pero volviendo a lo de antes, se me hace muy difícil calificar a Adán y Eva de revolucionarios y demócratas, siendo ellos los únicos habitantes del mundo.

—¿Y qué tiene que ver que solo hubiera dos? —preguntó ufanándose el cura —, cometieron el mayor de los pecados, el original nada menos, y de la misma manera que los revolucionarios y los demócratas son los grandes pecadores modernos, Adán y Eva, son en su calidad de grandes pecadores, revolucionarios y demócratas.

Walter comprendió que con la forma de pensar que tenía su oponente, no se podía sacar nada en limpio, y se maravilló de la comparación que le vino a la mente, sobre que a un hombre que pensara así en el mundo civil, no le darían ningún trabajo, porque

utilizaría sal para unir ladrillos, y argamasa para hacer garbanzos, mientras que en el mundo eclesiástico, no solo tenían trabajo, sino que eran reconocidos y considerados, por lo que con aquella prueba viviente de hipocresía y doblez mental, era mejor andarse con tiento y sobre todo en los territorios en los que él gobernaba, de manera que no insistió más en encontrar algún sentido a las cosas que había oído a lo largo de esa mañana, y plegó velas diciendo a su interlocutor:

—Vale, vale por hoy de este asunto. Pero antes de que me remedies y me conviertas en un corderito fiel de tu rebaño, que ya no se atreva a discutirte nada, me gustaría hacerte una pregunta — dijo profesional Walter —.

—Escuchemos tu pregunta — dijo el cura retador—.

—Te conozco poco aún, pero das la impresión de ser un hombre culto, pues has leído y aprendido cosas, pero cuando has afirmado esta mañana en el púlpito que Dios es carlista, lo has hecho para mover a tu rebaño en apoyo de Don Carlos ¿verdad?, no puede ser que creas eso ¿no?

—El pueblo vasco tiene a Dios y a sus Fueros, y necesitamos un rey que respete y defienda a ese Dios y a esos Fueros, un rey carlista ungido por ÉL.

—No me respondes a la pregunta — insistió Walter —.

—Ser carlista es defender la fe y los fueros, y Dios defiende los fueros y la fe, por lo que Dios es carlista — concluyó el sacerdote — y no se hable más.

Walter hizo como que se ponía muy serio, cuando en verdad, sentía un gran regocijo interior, y Don Anselmo consideró aquel debate como preparatorio de otras mayores batallas que, no dudaba, ganaría. Torres mayores habían caído. A cuantos impenitentes pecadores había confesado y absuelto en su última hora, llevándolos al cielo casi contra su voluntad, a cuánta mujer descarriada había conseguido

llevar al buen camino, él sabía cuál era su inmensa labor, que no dudaba sería premiada por Dios ciento por uno.

Capítulo III: El batallón de Ezcurdia

En Mendiur, bastantes de sus habitantes habían vivido y sufrido las consecuencias de la primera guerra carlista, y aunque en la presente el pueblo no había sido campo de operaciones, sus habitantes sabían o les habían contado lo que significaba un tránsito de tropas, fuese del bando que fuese.

En el pueblo no hubo nunca destacamentos militares fijos, y cualquier paso de tropas se consideraba algo temporal e inevitable, pero peligroso. Por esta razón, la sensación general que los vecinos de Mendiur experimentaron en aquella fresca mañana de primavera de 1873 al ver al batallón Ezcurdia en formación y desfilando por las calles del pueblo, fue de expectación y confuso desasosiego. El alcalde Barrasa, había sido avisado por un jinete de la inminente entrada en el pueblo de aquella tropa carlista al mando del comandante Don Antonio Ezcurdia, compuesta por casi cuatrocientos hombres, dos docenas de ellos a caballo y siete grandes carros entoldados y portadores de la intendencia.

El comandante y sus oficiales fueron recibidos por el alcalde y otros miembros del consistorio que llegaron a tiempo a la recepción, y de inmediato un alguacil proclamó un bando comunicando cómo se debía acoger y alojar a los oficiales en las viviendas que se señalarían. La tropa acamparía en un terreno conocido como Andutzene, propiedad del alcalde.

Los que más se divirtieron, quizá los únicos con aquel desfile, fueron los niños y las mozas del pueblo, maravillados unos con las armas que portaban los combatientes, y nerviosas y sonrientes las otras, a la vista de tanto joven desconocido. Se fueron cumpliendo a lo largo de la mañana las órdenes del alcalde, quien se llevó a su casa al comandante Ezcurdia y repartió a los oficiales entre las diversas familias del pueblo con posibilidades para realizar el dispendio de dar

habitación y comida a un extraño por un tiempo indefinido y sin ser remuneradas por ello.

La tropa se arregló asaltando literalmente las tabernas del pueblo, los cocineros se aprovisionaron de todo tipo de víveres sin pagar un real, se montaron las tiendas en derredor de las cuales el comandante ordenó una mínima y simbólica guardia, y todo era animación y jolgorio en unos, expectación en otras, y prevención en los más, sobre todo en las madres con hijas jóvenes y solteras, “pues no es ninguna tontería Maritxu que, de repente, se te presenten cuatrocientos hombres que, vete tú a saber desde cuando no han estado con una mujer”.

El párroco organizó un solemne Te Deum en la iglesia y luego en el ayuntamiento, la corporación ofreció a los oficiales una opípara comida a la que asistieron las fuerzas vivas del carlismo de aquella población, con el párroco al frente, que flanqueó en el banquete al comandante Ezcurdia junto con el alcalde Barrasa.

Amaneció el día siguiente al de la llegada de la tropa y los vecinos de Mendiur conocieron el primero de los hechos, más que desagradables, por no decir espantosos que, a partir de aquel día, iban a padecer.

Sucedió, que bajo el pequeño puente ojival que salva el río desde el camino que del cementerio lleva al pórtico de la iglesia, apareció entre las zarzas de una de las orillas, el cuerpo sin vida del joven Lorenzo Zubiaurre, de veinticinco años, hijo de la modista y del herrero. El cadáver presentaba una herida en la cabeza, en el parietal izquierdo, que hizo presumir en un primer momento, que hubiera podido caerse desde el puente, golpearse contra las piedras y morir allí. Pero pronto corrió la voz de que la noche anterior había habido una pelea en la puerta de la taberna de Asensio, entre un grupo de jóvenes del pueblo y algunos militares y las especulaciones se dispararon. El padre del joven muerto preguntó a los amigos de su hijo si era verdad lo que se

decía, y estos respondieron que era cierto, que toda la cuadrilla y con ellos su hijo Lorenzo, se habían peleado a puñetazos con varios soldados, pero que aparte de los insultos y las contusiones, más o menos serias, no había ocurrido nada más y que tras la pelea cada bando se había ido por su lado.

Pero el golpe en la cabeza que presentaba el cadáver de su hijo era uno de esos que tumban para siempre a un hombre, y como le habían dicho que su hijo había salido de la pelea por su propio pie, pensó que con posterioridad pudo pasar alguna otra cosa, por lo que se presentó en el campamento y pidió hablar con el comandante.

En su presencia, exigió de éste que averiguara si alguno de sus hombres había matado a su hijo, y obtuvo la promesa de que así se haría. Ezcurdia con los datos que le había proporcionado Zubiaurre y con los que ordenó a sus oficiales que recabaran entre los habitantes del pueblo, formó a su tropa, les echó un discurso y ordenó que quien supiese algo del asunto, lo comunicase sin tardanza a su sargento. Dos horas después de esta orden, un sargento se presentó en la tienda de mando seguido por cinco soldados. Informó a Ezcurdia que el muerto había insultado al pretendiente y que ese fue el motivo de la pelea, que ésta había terminado con unos golpes y que no sabían nada más y, por supuesto, que ninguno de ellos había matado al que deseó la muerte al pretendiente.

El asunto podía haber terminado ahí, pero las protestas de los habitantes de Mendiur iban en aumento y, progresivamente, los vecinos se acercaban a las inmediaciones del campamento en actitud nada amistosa. El comandante Ezcurdia creía que el chico muerto que iba hacia su casa muy borracho se había caído del puente abajo, pero los habitantes del pueblo querían un culpable, y no querían ni suponer que pudiera haber sido alguien distinto a un soldado, por lo que dio su palabra a la muchedumbre de que hallaría y castigaría al responsable. Y de forma inmediata, abrió un juicio sumarísimo contra los cinco soldados participantes en la pelea. Todo el mundo pues, acusaba a los

soldados, y el que más vociferaba contra ellos, era el sacristán, el único que sabía lo que en realidad había ocurrido y no por ser testigo, sino por ser autor del asesinato.

Lorenzo Zubiaurre, en el momento de su muerte, sí estaba borracho y mucho, y de eso se aprovechó Justino el sacristán.

Su odio por Lorenzo era un odio negro, feroz, enquistado, y provenía de hacía un par de años, cuando el joven se hizo novio de una chica que él quería para sí.

La noche del asesinato, Justino se encontraba en la taberna de Asensio, cuando en la calle dio comienzo la pelea entre los del pueblo y los militares. Oyó desde la puerta cuando la pelea terminó más o menos en tablas, aunque los puñetazos fueron tremendos, los juramentos de muerte y otras bravatas que los contendientes se dirigieron a modo de despedida y con aire fanfarrón, y el último intercambio de improperios y amenazas fue:

Lorenzo: ¡Muera Carlos VII!

Un soldado: ¡Te voy a matar!

Justino siguió, sin que lo vieran ellos, a la cuadrilla de Lorenzo y cuando este se separó de sus amigos y se quedó solo en el inicio del estrecho camino que de la carretera llevaba hasta la herrería de su padre, lo siguió, llegó a su altura, le golpeó con una piedra de buen tamaño y lo dejó caer al río, en cuyo borde se encontraban.

El consejo de guerra condenó a un soldado y se ordenó su fusilamiento para las primeras horas del siguiente día. Pesó más en el veredicto, el peligro a altercados con la población civil que las pruebas que pudo presentar el oficial que actuó en el juicio como fiscal militar que, a falta de ellas, se ensañó con el acusado por provocar las iras del pueblo contra el ejército de su majestad el pretendiente Carlos VII.

Entretanto, Justino se confesó con Don Anselmo, para seguir a bien con Dios, pero sin contrición, solo con atrición que, como bien

enseñaba el párroco, servía para eludir el infierno, aunque no hubiese en el que confesaba sus pecados, el más mínimo atisbo de arrepentimiento.

A Don Anselmo se le planteó un formidable dilema. Sabía quién era el asesino de Lorenzo Zubiaurre, pero lo sabía a través del sacramento de la confesión, y eso le obligaba al más absoluto secreto, pero el tribunal carlista había condenado a muerte por fusilamiento a un inocente, y eso iba a pesar en su conciencia por el resto de su existencia terrena y quien sabía si afectaría a la celestial. Anochecía cuando el párroco se presentó en la casa donde se alojaba el comandante Ezcurdia y tras ser recibido por él, le dijo:

—Comandante debe usted anular la orden de ejecución del soldado acusado de asesinato.

—¿Y se puede saber por qué razón? — inquirió Ezcurdia —.

—Porque es inocente de ese delito.

—¿Está usted seguro? — quiso saber Ezcurdia —.

—Muy seguro.

Ezcurdia era militar, era católico y era listo, y tras mirar fijamente al cura durante los instantes posteriores a su afirmación de inocencia de su soldado, supo el motivo de la seguridad del cura y solamente dijo:

—Gracias.

Nadie sospechó de la autoría de Justino. La que más se acercó a poderlo descubrir, fue Nekane, la desconsolada novia de Lorenzo, que no entendía cómo tan solo una semana después del entierro de su novio, Justino volviera a las andadas y la importunara de nuevo y con renovadas ansias, que produjeron un sentimiento de asco en la chica y a la vez un chispazo que le hizo pensar que el asesino, bien pudiera ser su odiado pretendiente, pero esa sospecha fue perdiendo fuerza con

el paso de los días y la necesidad de sobrevivir a un disgusto que era de los que mataban.

La vida en Mendiur continuó y la presencia de los soldados se siguió notando y se les soportaba mal que bien, teniendo que aguantar sus pequeños y no tan pequeños desmanes, como el día en que arrasaron un tenderete en el que un vecino del lugar vendía todo tipo de baratijas, o cuando destrozaron el jardincillo que rodeaba a un busto y, el busto mismo, de un antiguo prohombre de Mendiur, sin contar los pequeños latrocinios y los levantamientos de faldas a las chicas, hubiese o no viento.

Cuando le llegaba alguna queja, el alcalde mandaba a un concejal a que protestara ante el comandante Ezcurdia, éste contestaba que arrestaría a los responsables, nadie en el pueblo podía comprobar si ese arresto se producía, y se tenían que aguantar, como se aguantaron el día que pretendieron asistir al fusilamiento del asesino de Lorenzo, cuando se les dijo que el soldado había sido fusilado antes del amanecer. Finalmente corrió la noticia de que el batallón iniciaba los preparativos para abandonar la población, y muchos respiraron más tranquilos, sobre todo muchas madres con hijas solteras y en edad casadera.

Pero estaba de Dios como dijo Don Anselmo, cuyos caminos son inescrutables, añadió a continuación, que el nombre de aquel batallón quedara grabado en las mentes de la gente de Mendiur.

Ocurrió que la misma mañana en que el batallón abandonaba el pueblo, una chica de veinte años apareció muerta en un pinar con claros signos de haber sido previamente violada. La madre aseguró que su hija era virgen y el médico apreció que su himen estaba desgarrado y que los signos de defensa para evitar ser violada eran patentes en la sangre coagulada en sus uñas y manos, en el moratón que tenía en media cara, que hacía suponer que había sido golpeada con dureza.

Nadie en el pueblo dudó de que aquella barbaridad era el último regalo que los soldados del batallón Ezcurdia hacían a Mendiur. Nadie lo dudó, todo el mundo pluralizó y culpó a toda la unidad militar. Era una forma de consolarse de su impotencia.

Pero sucedió una cosa que en un primer momento no trascendió, y ello fue que un chaval de un caserío cercano al casco urbano, que andaba por el pinar donde se encontró a la chica violada y asesinada, se acercó al lugar donde la encontraron e inspeccionando con morbosa curiosidad el suelo, descubrió junto a una piedra una insignia de cobre con un Sagrado Corazón de Jesús grabado en ella.

El chaval entregó la insignia a sus padres, estos conferenciaron y decidieron ponerlo en conocimiento del alcalde, éste habló del asunto con el párroco y le mostró la insignia y al cura le dio un síncope. Repuesto, y tras beber a sorbos el vaso de agua que le ofrecieron como infalible remedio a los fallos del corazón, cogió la insignia de manos del alcalde, y pretextando que debía lavar y volver a bendecir la figurita de Jesús, mancillada al haberla hecho presenciar un pecado tan horrendo como una violación, se fue consternado a la casa parroquial.

Estaba descompuesto, pero no solo por el susto que le había proporcionado su corazón, sino porque había identificado la insignia como la que llevaba su maldito sacristán, Justino Emparanza, en el ojal derecho de su chaqueta de los domingos. Nada más llegar a su casa, preguntó por el sacristán y la serora Margarita le informó que se hallaba en el campanario, fue hasta la iglesia, subió las escaleras con toda la rapidez y brío que le permitieron sus cuarenta y cinco años, y encarándose con Justino le gritó:

—Pero ¿qué has hecho? malnacido — dijo Don Anselmo levantando en alto la insignia —.

Justino no supo en un primer momento a qué se refería el sacerdote, pero cuando éste le agarró de la camisa y le puso ante los ojos la

chapa de la imagen, comprendió, pero trató de engañar a su superior, diciendo que el domingo anterior en misa, se la habían quitado. Don Anselmo no le creyó y volvió a agarrarle y zarandearle, esta vez con las dos manos. Justino intentó desasirse y lo consiguió parcialmente, pero cuando se creyó libre de las manos del cura, este le dio un fuerte puñetazo que hizo retroceder a Justino sin hacerle caer, y un segundo puñetazo lo lanzó contra el pequeño balcón del campanario.

El impacto fue lo suficientemente violento como para que Justino no pudiera agarrarse a nada y se precipitara aullando al vacío.

La conmoción de la gente que se encontraba en la plaza fue enorme, Don Anselmo, un momento antes de que los vecinos entraran en la sacristía para darle la noticia, le dijo a la serora que había llegado a la iglesia tras él, que no había encontrado al sacristán.

Capítulo IV: El sobrino del cura

El batallón Ezcurdia se había ido hacía cuatro meses, aunque más de una sabía que no se había ido del todo, ya que cuatro chicas del

pueblo estaban embarazadas, y ellas sabían que los responsables de su embarazo no eran chicos de Mendiur.

Las pobres chicas, además de los correspondientes bofetones que recibieron de sus respectivas madres, y otras bromas de mal gusto con las que las obsequiaron algunas vecinas, tuvieron que aguantar los sermones de Don Anselmo quien, como única excusa para con ellas fue “por lo menos los padres son carlistas”, con lo que confundió aún más a las chicas que no comprendían casi nada de lo que les estaba ocurriendo.

Hubo un quinto embarazo atribuible a la tropa carlista, pero este no se conoció. Fue el de una chica de dieciocho años llamada Argia, huérfana desde los cinco que trabajaba como sirvienta en la posada, y a quien Eulali quería como a una hija.

Eulali era una mujer singular. Tenía en esas fechas veintiocho años y era viuda desde hacía ocho. Su marido murió cuando en una tala de árboles, le cayó uno encima y acabó con su vida. Ella estaba entonces embarazada de cinco meses y abortó.

La singularidad de Eulali, consistía en sus conocimientos sobre todo tipo de animales, por lo que era muy considerada, y desde los caseríos requerían sus servicios como si de un veterinario se tratara. Además, sus saberes se extendían a otras áreas. Tuvo afán de conocimiento desde niña, aprendió pronto a leer y a escribir y buscaba y leía sobre todo tipo de asuntos. Era respetada, incluso por el médico, que apreciaba sus múltiples y efectivos conocimientos como comadrona, además de sobre ungüentos y pócimas que él desconocía, pero no por ello demonizaba, al contrario que el cura que la odiaba con furia.

Eulali conoció a Walter Bramson por casualidad, si casualidad puede decirse de encontrarse con una persona en una calle de un pueblo pequeño. El periodista acababa de llegar a Mendiur y le pareció un buen lugar para quedarse una temporada y descansar de la azarosa e incómoda vida en las trincheras junto a los combatientes.

Walter cuando la vio, se dirigió a ella, se presentó y le preguntó si le podía indicar algún lugar donde alojarse durante unos días. Como ella alojaba a viajeros cuando precisaba de dinero y era el caso, miró detenidamente al inglés, le dijo cuál era el precio por una habitación en su casa y éste aceptó. Esa misma noche cenando, Eulali y Walter supieron que se atraían.

Tiempo después de llegar a aquella casa, en la que no se alojó ningún otro viajero más desde la llegada de Walter, hicieron el amor por primera vez, y fue toda una experiencia para ambos, pues Eulali no había tenido ninguna relación desde que se quedó viuda, y Walter a sus treinta, tampoco había tenido demasiadas, y ninguna otra desde que había llegado a Mendiur.

Walter hacía frecuentes viajes a caballo por los pueblos de alrededor y se acercaba a los frentes de combate. También se desplazó varias veces hasta San Sebastián, ciudad liberal y dominada por estos, donde se entrevistó con varios miembros del gobierno local y con militares allí destinados. Él hacía preguntas, pero también le preguntaban a él, y su condición de inglés hacía que sus interlocutores diesen por supuesta su neutralidad, en aquel conflicto bélico y social que dividía, desangraba y empobrecía a una población como la vasca.

El año 1873 había comenzado bien para los carlistas. Las disensiones en el gobierno de Madrid permitían que el carlismo afianzara sus posiciones, tanto políticas como militares.

A lo largo de la primera mitad del año, Walter continuó escribiendo y fue enviando sus crónicas a Londres, en las que relataba cómo el mando militar carlista, realizaba levadas de hombres de entre veinte y treinta años, y en particular, los generales Dorregaray y Elío, reclutaban en Navarra una multitud de entusiastas para los futuros combates. En su último artículo Walter contaba a los lectores del Times, cómo el nuevo general republicano Manuel Pavía, había

ofrecido la paz a los carlistas con la promesa de que el gobierno de la nación mantendría intactos los Fueros vascos.

Contaba Walter, que se produjo una seria confrontación entre los mandos carlistas con respecto a este ofrecimiento, y buena parte de ellos se inclinaban por la paz, pero por motivos difíciles de discernir y que demostraban, a juicio de un observador neutral, como afirmaba serlo Walter, el inmenso poder de la iglesia en aquel territorio, esa paz no se consiguió.

Los curas predicaron sin desmayo, incendiarios sermones desde sus púlpitos y consiguieron que no hubiera paz, lo que unido a la victoria carlista en Eraul el 5 de mayo, precisamente sobre el mismísimo general Pavía, hizo que la guerra continuara.

A finales de junio llegó a Mendiur un chico de veintitrés años, que salvo el verano de hacía cinco que lo había pasado en el pueblo, visitando a su tío Don Anselmo, había vivido toda su vida en Buenos Aires. Se trataba de Jorge Saizar, hijo de Carmen Otazua hermana del párroco del lugar, que acababa de terminar la carrera de Derecho. En el inicio de ese verano de hacía cinco años, conoció a Zuriñe Azcárate, un año menor que él, la única y bella hija de Don Fermín y de Doña María Dolores Alberdi, y se hicieron amigos, aunque en realidad para el final de aquel verano ellos se sentían algo más que amigos, pero no tenían vocabulario para designarse de otro modo, pues se consideraba que no tenían edad para nombrarse y menos para que se les considerara novios. Pero hay personas que, aunque luego tengan irremediablemente que pasar por las vicisitudes que les depare la vida, no pueden olvidar el primer amor, y así Jorge, conoció en su tierra natal a otras chicas, pero nunca olvidó a Zuriñe, la chica morena de pelo brillante, con quien por primera vez en su vida soñó con el infinito cuando se dieron su primer beso. Zuriñe por su parte era la pieza más cotizada de Mendiur. Guapa como un cielo bello, era además para los cazarrecompensas, la única hija de la familia más rica del pueblo. Vivía con sus padres en una espléndida casona, había sido

educada por buenos preceptores y vivía apaciblemente, acompañando continuamente a su madre, y ambas no tenían demasiada vida social.

Ella tampoco se había olvidado de Jorge, pero su recuerdo no podía aspirar más que a eso, a ser un bello recuerdo, pues hacía cinco años, considerando que Jorge debería de atravesar nuevamente el Atlántico sin ningún motivo que le obligara a regresar, no hubo, porque no podía haber, ni promesas ni proposiciones.

Se amaron dulcemente aquel verano, sin pedir más. Llegó a su fin la visita de Jorge a Mendiur, se separaron con pena, pero no se dijeron más cosas y ni se prometieron escribirse. En realidad, no fueron conscientes de lo que estaba ocurriendo, y en este 28 de junio de 1873, a la salida de misa, en el pórtico de la iglesia, a Jorge le dio como un ahogo, cuando reconoció a Zuriñe bajo su mantilla blanca de precioso bordado, y a Zuriñe, se le paró el corazón durante tres segundos al ver a Jorge con su impecable levita gris que la miraba embobado. Jorge se acercó, tímido, adonde estaban paradas madre e hija, aquella sorprendida por la repentina actitud de inmovilidad total de ésta que parecía mirar al infinito, y tratando de averiguar qué era lo que estaba sucediendo.

Llegó Jorge junto a las mujeres y con esfuerzo, dijo:

—Buenos días, señora ¿qué tal estás Zuriñe?

La dama miraba interrogativa y su hija le dijo:

—Es Jorge ama, Jorge Saizar, el sobrino de Don Anselmo. Nos conocimos hace unos años.

—Sí claro — respondió Doña Dolores —ahora me acuerdo, ¿qué tal estás y cómo por aquí?

—He terminado la carrera para ser abogado y me gustaría vivir y trabajar aquí o quizá en San Sebastián, estoy un poco harto de la vida en Buenos Aires — contestó Jorge —.

—¡Ah! pues muy bien, si no te parece mal, mi marido puede ayudarte, ya sabes que él es también abogado y quizá no le importe que le hagas la competencia.

—Amaaa — dijo Zuriñe —.

—Sabe usted que no podría hacérsela, pero muchas gracias, Doña Dolores.

La dama miró a su hija que muy seria miraba fijamente a Jorge vio lo que no era difícil de ver y sonrió.

—¿Cuándo has llegado al pueblo? —preguntó Doña Dolores —.

—Anteanoche, y ayer mi tío no me dejó salir de casa porque según él, debía descansar de las fatigas del viaje, que fue razonablemente incómodo, pero que tuvo la distracción de las más de media docena de veces que diferentes patrullas, nos pararon desde Vitoria hasta aquí. Fue bastante divertido —contó Jorge risueño —.

—Calla hijo calla, que nunca se sabe lo que puede pasar en una de esas situaciones — dijo la señora —, y ahora, vas a ir adonde tu tío esté, y le dices que os invitamos a comer a los dos.

—Encantado señora, ahora mismo voy a comunicárselo a mi tío — dijo contento Jorge —.

—Bueno, pues hasta las dos, en casa os esperamos — se despidió Doña Dolores —.

Jorge miró a Zuriñe, ella medio hipnotizada lo miró a él, la madre cogió del brazo a su hija y la arrastró calle adelante, mientras que Jorge experimentó algo que no sabía lo que era y que tardaría en comprender.

Al llegar a casa las dos mujeres, la hija fue a avisar en la cocina que habría invitados, y la madre se lo comunicó a su marido. Don Fermín dijo que muy bien, y a su vez, le trasladó a su mujer la nueva de que había recibido carta del señor Mendieta de San Sebastián,

comunicándole que cuando él dispusiese, su hijo Julián vendría a Mendiur a visitarles y a cumplimentar a Zuriñe. La mujer miró con seriedad a su marido. El motivo era que hacía dos meses, los tres habían estado en San Sebastián y allí habían conocido al joven Julián, del que ellas guardaban un recuerdo poco agradable, por lo que Doña Dolores dijo:

—¿Estás haciendo algo a mis espaldas?

—¿A qué te refieres?

—¿A qué va a ser? A que invites a ese mozo a venir a esta casa sin decirme nada y sin decir nada a tu hija.

—Antes de poder comunicaros algo al respecto, debía saber si el señor Mendieta estaba conforme con el compromiso de su hijo con nuestra Zuriñe — declaró Don Fermín —.

—¡Pero tú estás loco marido! — le gritó Doña Dolores —.

—¿Por qué he de estarlo?

—Porque a tu hija, ese chico le parece un petimetre insoportable — afirmó la dama —.

—Pues a mí me parece un partido muy conveniente para nuestra hija, es joven y su familia una de las mayores fortunas de la ciudad — respondió Don Fermín —.

—Conoces a tu hija y sabes que no aceptará nunca un matrimonio impuesto.

—Yo no se lo voy a imponer, solo quiero que se conozcan lo suficiente y ya veremos.

—Pues vas a ver. ¿Se lo dices tú a Zuriñe o se lo digo yo?

—Me da igual — dijo Don Fermín —.

—Bien, se lo diré yo. ¡Ah! otra cosa. Supongo que aún no habrás contestado diciendo que el chico venga ¿no?

—No, todavía no. Acabo de recibir la carta.

—Menos mal — dijo la madre y salió del salón —.

Doña Dolores, se reunió en la cocina con su hija, se la llevó a su cuarto y le contó los manejos de su padre para que ella se comprometiera con el tontolaba de Julián Mendieta.

Zuriñe no se inmutó. Fue al despacho de su padre seguida de su madre, y en su presencia le dijo a bocajarro:

—Aita, abandona tu estúpida idea.

—¿Pero por qué? — respondió el interpelado —.

—¿Cómo puedes hacer esa pregunta?, no es digna de ti — contestó Zuriñe —.

—Hija mía, no digas eso — se defendió Don Fermín —.

—Claro que te lo digo. ¿No alardeas tú de tus convicciones liberales?, ¿no proclamas que la libertad es el mayor bien para el ser humano?, ¿no me has enseñado que en el elegir hay un riesgo, y que ese riesgo es uno de los precios de la libertad?

Doña Dolores era de convicciones carlistas. No compartía todas las ideas de su marido, pero no había batallas entre ellos por esa causa, a excepción de cuando alguno de ellos pudiese decir alguna irracionalidad. Podía ser carlista y creer en lo que sostenía, pero como ella solía decir, ser una mujer es un hecho y ser carlista o liberal, no es más que una circunstancia, y al oír cómo su hija ponía en su sitio a su propio padre, y en un asunto tan importante, hizo que se sintiera especialmente orgullosa de ella, por su valor y la claridad de sus ideas. Ella se había casado por amor, y sabía que había tenido mucha suerte. El suyo era uno de los pocos matrimonios que conocía, que después de veintitrés años, se mantenía firme en el amor mutuo, y eran demasiados los ejemplos de parejas con y sin hijos que, en el mejor de los casos, se soportaban de mala manera. Quedó pues zanjado el

asunto del novio de San Sebastián, y Don Fermín pensó que debería esmerarse en encontrar una buena razón para no invitar al pretendiente de su hija, pero finalmente concluyó que lo mejor era decir la verdad a su fallido consuegro, y así decidió hacerlo esa misma tarde escribiéndole una carta con la que le diría que mi hija no quiere casarse con su hijo Julián, que muy buenas y hasta luego.

Le quedó un regusto desagradable por la manera en la que había llevado aquel asunto, pensando estúpidamente, como bien le señaló su propia hija, que Zuriñe ya tenía veintidós años, buena edad para casarse, pero como un tonto, solo había pensado en que era a él al que le convenía una alianza con la familia Mendieta. Así que “una más de tus tonterías Fermín y a ver si va siendo de las últimas, que ya has sobrepasado el medio siglo”.

Llegaron los invitados, todo fueron saludos, afectuosos los de la madre hacia su párroco, cortés el de Zuriñe que casi ni le miró, pues estaba pendiente de Jorge, y educado y frío el del señor de la casa, que tenía muy pocas cosas en las que estar de acuerdo con Don Anselmo, aunque una sí había, y esta era que, a Don Fermín le interesaban y sabía mucho de los primeros años del cristianismo, y solían hablar sobre ello. Por ese motivo, cuando su mujer, de vez en cuando invitaba al cura a su casa, no se solía enfadar, pues tenía con ello ocasión de escandalizar y poner a prueba la dialéctica de aquel fanático sacerdote, con sus planteamientos sobre las verdaderas razones que, a su juicio, impulsaron a Pablo de Tarso, a quien su oponente llamaba San Pablo, a establecer los cimientos de la monumental estructura doctrinal del catolicismo imperante, en la suya y en otras tierras.

Como solía ser habitual, la mesa que dispuso Doña Dolores era digna de comentario laudatorio, y en particular y una vez más, Don Anselmo se deshizo en elogios a propósito de las cuasi esferas de mantequilla con surcos, del tamaño de una canica que, realizados con un

minúsculo rastrillo de plata, presentaban en aquella casa en unas primorosas bandejitas ovaladas.

—¿Quiere usted que le sirva más guisado?

—No, gracias — respondió Don Anselmo a la invitación —.

—Yo sí desearía un poco más señora — dijo Jorge —.

—Claro que sí hijo, come todo lo que quieras, pues como se alargue esta guerra, no sé lo que va a pasar — dijo Doña Dolores —.

—Y a propósito de la guerra páter — intervino Don Fermín —, ¿tiene noticias de Estella?, pues a mí me ha llegado el rumor de que, Carlos VII, como ustedes los carlistas le llaman, va a instalar su cuartel general en esa localidad.

—Si señor, Su Majestad se dispone a fijar allá la capital del Estado carlista — contestó ufano el cura —.

—¡Hombre!, ¿no le parece que eso de “Estado” es mucho exagerar?
— atacó Don Fermín —.

—De exageración, nada de nada — contraatacó el cura —.

—Pues mire usted, Algeciras todavía les queda muy lejos — se rio Don Fermín —.

—Todo se andará, con la ayuda de Dios — enfatizó el cura —.

—¡Ah bueno!, si es con la ayuda de Dios, ya es otra cosa — ironizó Don Fermín —.

Doña Dolores, miró reprobadoramente a su marido y éste impasible, elevó su copa, en homenaje a no se sabía quién, y bebió luego un largo trago de vino. La dama se sorprendió a si misma mirando, casi arrobada, a los dos jóvenes, y estos parecían sentirse incómodos el uno al lado del otro, pero se hubiese equivocado quien eso hubiere supuesto. Hablaban entre ellos en voz baja y Zuriñe acababa de decirle a Jorge, “en cuanto terminemos el postre vamos al jardín”, y

Jorge había respondido “de acuerdo”. Pero el postre aún no había sido servido y Don Fermín preguntó al chico:

—¿Cómo te sientes al dejar de ser estudiante?

—Muy bien — respondió éste —, mis años en la Facultad de Derecho, han sido casi siempre agradables, pero tenía ganas de terminar mis estudios — respondió Jorge —.

—Natural — le dijo Don Fermín —, y a propósito de ellos, tú que eres savia nueva, ¿qué opináis de la política y la religión, los jóvenes ilustrados de hoy?

—No sé si soy muy ilustrado, pero ya que utiliza el término, si puedo decirle que he leído mucho sobre la Ilustración y me ha interesado en gran manera — afirmó el joven —.

—¿Por ejemplo? — inquirió Don Fermín —.

—Pues por ejemplo Montesquieu, Voltaire, Benjamín Franklin..., una frase de este último se me quedó grabada “jamás hubo una guerra buena o una paz mala” — contestó Jorge —.

Al sacerdote se le atragantó el vino que bebía, y con ojos incrédulos, fulminó a su sobrino diciéndole:

—¿Pero tú has leído a Voltaire, a ese demonio?

—Pues sí y a otros muchos más que prepararon la Revolución Francesa — le contestó serenamente su sobrino —.

—¡Pero desgraciado!, te vas a condenar, ¿no sabes que sus libros están en el Índice de la Iglesia de libros prohibidos?

Don Fermín disfrutaba como un niño con juguete nuevo, Doña Dolores miraba a su hija, ésta sonreía, y Jorge respondía:

—Tío, el conocimiento que los hombres van adquiriendo, y que luego forma parte del acervo cultural de las generaciones futuras, no se

puede prohibir, y además Jesucristo ordenó a sus Apóstoles “Id y predicad la Verdad a las gentes”.

El párroco casi se cae de su silla del respingo que dio, y acomodándose nuevamente y con gesto descompuesto, gritó furibundo a su sobrino: —¡Blasfemo!, tú y yo vamos a tener una larga conversación luego en casa.

Doña Dolores, regañó cariñosamente a todos, pidió que hubiera paz, Don Fermín se maravilló con el argumento del chaval, al que miró con respeto, y como habían acabado los postres, Jorge y Zuriñe, pidieron disculpas y se marcharon diciendo que iban a pasear al jardín, al tiempo que Don Anselmo rechazó el café que le ofrecía la anfitriona, y pretextando un inexistente mal, salió de la casa, mientras Don Fermín tuvo que conformarse por haberse quedado sin poder zaherir al cura, preguntándole por enésima vez que, cómo era aquella historieta, en la que el luego llamado San Pablo, se cayó de su caballo camino de Damasco.

Capítulo V: Aire fresco

Don Anselmo se dirigió a su casa en busca de reposo, a grandes zancadas y hecho una furia. Nada más llegar le pidió a la mujer que vivía con él un Armagnac.

Esta mujer se llamaba Margarita frisaba los cuarenta, vestía siempre de riguroso negro, se peinaba con un moño bajo, y además de atender al párroco en casa, se ocupaba de sus obligaciones de serora en la iglesia.

Más calmado, el cura le contó a Margarita sus penas, relatándole con detalle la conversación en la que había participado en casa de Don Fermín, y ella le consoló, diciéndole que éste no tenía remedio, que al chico ya lo domaría él y que no se preocupase.

Jorge, antes de salir al jardín con Zuriñe, le había dicho que iría a casa a eso de las nueve para cenar y el sacerdote ni le había contestado. Pasó una tarde muy agradable junto a Zuriñe, que le invitó a volver cuando él quisiera. Todavía no se había planteado dónde viviría. Su madre, la hermana de Don Anselmo daba por supuesto que se quedaría en casa de su hermano, y Jorge no la contradijo, y durante el viaje pensó que tampoco era mala solución, mientras decidía dónde se instalaba, si en San Sebastián, después de sus vacaciones en Mendiur, o en otro lugar. De forma que allí se dirigía para cenar, a casa de su tío, el cascarrabias del párroco de Mendiur. Entró en la casa, se dirigió a la cocina y allí encontró a Margarita poniendo la mesa. Llegó el cura, cenaron en silencio y al levantarse de la mesa, su tío le dijo:

—Hoy te has librado, pues no tengo ganas de más discusiones, pero prepárate, mañana me vas a oír — le amenazó su tío —.

—Como guste tío — respondió Jorge —.

La casa parroquial era enorme, constaba de una planta baja, en la que estaban la cocina, una amplia despensa, un salón y el despacho de Don Anselmo, y en la planta primera había seis habitaciones.

El edificio, donación a la iglesia de una dama que murió sin descendencia, estaba rematado en su parte frontal por dos esbeltas torretas. La finca tenía un hermoso jardín, se hallaba circundada por un viejo muro de dos metros de alto, y la verja de entrada era de hierro forjado. A Jorge se le había asignado una habitación en la parte norte del inmenso pasillo en L y se le había comunicado que las dos habitaciones del extremo opuesto eran las que utilizaban ellos, y en la comunicación hubo algo que Jorge supo que quería decir “y no tienes ninguna necesidad de acercarte por allí”. Jorge conocía a su tío, del verano de hacía cinco años, pero a Margarita, apenas la había tratado pues en los meses de su anterior visita, ella había estado casi todo el tiempo de su estancia, ausente atendiendo a su madre enferma, creía recordar. Por tanto, no tenía formada opinión alguna sobre ellos, no podía tenerla y el encontronazo con su tío de esa tarde, lo atribuyó más a su osadía y tonto orgullo que a otra cosa.

Pero su tío se había enfadado de verdad, de eso no cabía duda, y esa noche entre las sábanas, se propuso hacer las paces con él, soportar estoicamente las recriminaciones que, a buen seguro, le había de hacer, pues juzgaba que eso sería lo mejor para todos.

De esa manera, cuando por la mañana terminó de desayunar, y enterado por Margarita de que su tío estaba en su despacho, se dirigió a él con el propósito de firmar unas santas paces. Pero el cura no posibilitó la buena relación que Jorge pretendía. Le exigió sin darle opción a excusarse, que antes de comer fuese a la iglesia y se confesase, condescendiendo a que, si no quería hacerlo con él, cosa que consideraba lo más conveniente, lo hiciera con alguno de los otros dos sacerdotes, prefiriendo que fuera con el anciano, y que se abstuviese en el futuro de manifestar en público ideas como las que había expuesto el día anterior en casa de Don Fermín.

Jorge estupefacto le respondió:

—Tío, si es que no tiene a mal que cite el parentesco, creo que se equivoca usted conmigo. No tiene ningún derecho a exigirme una cosa así, no soy un niño al que pueda atemorizar, y tengo mis propias opiniones. No estoy dispuesto a vivir de la manera que usted pretende que lo haga, por lo que, en cuanto disponga de un sitio para alojarme, abandonaré esta casa.

—Como quieras — dijo Don Anselmo — pero no esperes que te ayude en tal menester.

—Tampoco aceptaría su ayuda — le contestó Jorge saliendo del despacho del cura —.

Jorge salió a la calle y se enfrentó a su problema. Llevaba tan poco tiempo en Mendiur que no tenía ni idea de dónde estaban las cosas, no recordaba gran cosa de lo conocido aquel verano de hacía cinco años, y entonces, solo había ido de la casa de su tío a la iglesia, y de ésta a la mansión de Don Fermín a encontrarse con Zuriñe, con la que pasaba las tardes en el jardín, sin apenas visitar el pueblo.

Callejeó sin rumbo y le llamó la atención un letrero sobre la puerta de un local que parecía ser una taberna: “AscensioVinosyLicores”, todo junto, y entró en él. En la pared de detrás del mostrador, sobre la hilera de botellas de la estantería, en un cartelón que en tiempos fue blanco, se podía leer: “NoseFíanialosLiberales”. Pidió un vaso de vino, y se atrevió, aunque con prevención, a preguntar por tan singular grafía, intuyendo con acierto, que quien así disponía las letras debía de ser sin duda un personaje especial.

Y lo era, vaya si lo era.

—¿Es usted el dueño? — preguntó Jorge a la única persona que se encontraba tras la barra —.

—Pues sí señor, Ascensio Arteché para lo que desee — contestó el tabernero —.

—Sería usted tan amable... —inició su pregunta Jorge —.

—Puedes llamarme Asensio, como todos, no me gusta hablar de usted y además tú eres muy joven, aunque se te nota la buena educación — le interrumpió Asensio —.

—Está bien, tengo curiosidad por el rótulo de la entrada y ese aviso que tienes detrás de ti.

—¿Lo dices por lo de juntar las letras?

—Exactamente por eso.

—Es que, lingüísticamente hablando, yo soy de morfología pluri silábica — respondió muy serio el tabernero —.

—Plurisi...ja,ja,ja — no se contuvo Jorge —.

—Pues sí señor, en este pueblo o eres carlista o eres liberal, y todos creen que lo suyo es lo que se ha de ser, pero yo no soy ni de lo uno ni de lo otro, y no lo soy, porque no se me pone en la punta del ciruelo. La mitad de los que viven aquí, no sabe leer, y de la otra mitad, no hay más de una docena que sepa qué es una sílaba, por eso escribiendo y diciendo cosas como lo del pluri silabismo y la morfología de las palabras, piensan que estoy un poco loco y me dejan en paz con sus monsergas, los unos de Dios y Fueros y los otros con la Patria y la Unidad, todos predicán, pero ninguno cumple lo que predica, aunque tengo que admitir que los carlistas son mucho más pelmas y retorcidos, pero bueno allá ellos.

Jorge quedó admirado de aquel hombre, y después de charlar un rato con él de varias cosas, le dijo quién era y la situación en la que se hallaba, tras la conversación con su tío el párroco, a quien Asensio conocía bien. El chaval, le cayó simpático y el tabernero decidió ayudarle.

—Jorge, yo conozco bien a tu tío y no me llevo mal con él. El truco para lograr eso, es no dejarle entrar en tu terreno y darle solo lo que a

él le gusta de ti, que en mi caso es el Armagnac y conversación sobre temas raros. Mira — dijo Asensio —, vas a hacer lo siguiente, ahora te vas a la fonda de la Juanita, que te voy a decir dónde está. Si te parece bien, coges un cuarto y luego vienes a comer aquí y seguimos hablando. Si no te gusta la fonda o quieres otra cosa, ya pensaré yo en algo que te pueda convenir.

—Gracias — contestó alegremente Jorge —.

Jorge cogió la habitación de la fonda que la Juanita le ofreció, que no estaba ni bien ni mal, pero que serviría durante el tiempo que necesitara para saber lo que iba a hacer con su vida en el inmediato futuro. Volvió a la taberna de Asensio, se tomó tranquilamente un par de vinos, entreteniéndose con las conversaciones de los parroquianos, y a las doce y media el tabernero le puso la mesa y después de comer, vigilando si le entraba algún cliente, se sentó con él.

—¿Buenos los garbanzos?

—Muy ricos — contestó Jorge —.

—Me has dicho antes que has llegado al pueblo hace tres días y que no conoces a casi nadie.

—Eso es. La vez anterior que estuve aquí, tenía diecisiete años y solo iba de la casa de mi tío al jardín de Don Fermín y casi no pisé las calles del pueblo en todo el verano y, por supuesto, no entré en ninguna taberna, y ahora desde que he llegado, solo he estado con mi tío, con su sirvienta Margarita y con la familia de Don Fermín, bueno y ahora te he conocido a ti — dijo Jorge sonriendo —.

—Pues ahora vas a conocer a alguien interesante — dijo Asensio saludando con la mano a Walter que entraba por la puerta —Jorge, te presento a Walter Bramson, corresponsal del Times, que por el sublime misterio que tienen las mujeres hermosas, se ha instalado en este pueblo, como base de operaciones para sus brillantes crónicas.

—Encantado — dijo Walter, extendiendo la mano a Jorge —.

—Lo mismo digo señor — contestó el joven —.

—Está muy bien educado — ironizó Asensio —.

—Cosa muy de agradecer — remachó Walter —.

—Walter también es amigo de tu tío — sonrió Asensio —.

—Cosa extraña. Ser inglés, y supongo que protestante, no es la mejor carta de presentación para con una persona de las características de mi tío.

—Él dice que habla conmigo, por su espíritu evangélico y su sagrada obligación de convertirme a la verdadera fe — señaló Walter —.

—Naturalmente, y estaría de acuerdo en esa obligación, si la suya fuera la verdadera fe — dijo Jorge —.

—¡Santo Dios!, ¿el catolicismo no es la fe verdadera? — preguntó sarcásticamente Asensio —.

—Tú sabes que no Asensio — dijo Jorge —, cada pueblo ha construido su Dios y su fe, de la manera que más ha convenido a cada uno de los inventores, y todos disputan entre ellos por esa primacía, y aquí en Occidente, aunque los protestantes les dieron hace unos siglos una buena bofetada, siguen siendo más poderosos los católicos.

—Oye chaval — dijo un sorprendido Asensio —, ¿no eres tú demasiado joven como para tener pensamientos tan profundos?

—Bueno — contestó Jorge —, lo que acabo de decir, es una de las cosas que, hasta ahora, he sacado en limpio de mis estudios y lecturas.

—Y vas muy bien Jorge — señaló Walter —, ese es el camino para la propia libertad, a pesar de todos los fanatismos y de todos los fanáticos del mundo.

—Vale chaval — concluyó Asensio yéndose a atender a un cliente —, no me extraña que no hagas buenas migas con tu tío.

—Yo también he de irme — dijo Jorge a Walter —, debo recoger mi equipaje para instalarme en casa de la Juanita.

Eran las tres de la tarde y Jorge, tras despedirse de sus nuevos amigos, se encaminó hacia la casa de su tío, con la intención de hacer su equipaje, despedirse educadamente y volver a la fonda.

Sacaba su ropa del armario en el que lo había puesto Margarita, cuando se dio cuenta de que no estaban en él, la chaqueta, los pantalones y la camisa que había utilizado durante el viaje, y como recordó que Margarita se llevó esas prendas para lavarlas bien, según dijo, se encaminó a las escaleras para bajar a la cocina. No la encontró allí y se dispuso a ir a su cuarto, contraviniendo la advertencia de no acercarse por allí, pues no quería seguir en aquella casa más de lo estrictamente necesario. La puerta del cuarto de Margarita no estaba completamente cerrada, cogió con su mano derecha el pomo de ella y entró. La habitación en penumbra parecía enorme, avanzó por un breve pasillo y al girar a su derecha, se tuvo que parar en seco por la impresión que le produjo el cuadro que componían el cura y Margarita, desnudos en la cama, rugiendo él, e introduciendo su verga por la popa de la jadeante mujer.

Jorge salió precipitadamente de la casa, pálido, no esperaba una cosa así, era imposible poder esperar una cosa como aquella, y pensó que no le iba a ser fácil asimilar lo que había visto. Caminó con aturdimiento hasta la fonda, entró en su habitación, dejó su maleta en una esquina y se dejó caer en la cama. Estuvo así más de una hora y decidió salir a que le diera el aire. Juanita le había dicho que, si quería cenar, la avisase, pero como él tenía la intención de comer alguna cosa en la taberna de Asensio, le dijo que gracias, pero que cenaría fuera. La tarde era muy agradable, uno de esos poco frecuentes días de verano de un cielo completamente azul, con una suave brisa y temperatura ligeramente superior a los veinte grados, que contrastaba con la negrura de sus pensamientos. Que un cura fornicase, era algo sobre lo que había hablado con sus compañeros de

facultad, y sobre lo que había leído, pero todo eso está muy lejos de verlo con tus propios ojos y que sea tu propio tío que, además, predica a los pecadores y alardea de santidad.

—Increíble — se decía —.

Pero era cierto, él lo había visto, y allí no había medias tintas, no había dudas, ni tan siquiera de forzamiento, lo que, en su opinión, hubiera sido aún peor, pero que paradójicamente, lo hacía aún más rotundo, pues demostraba que la relación carnal era habitual. ¡Qué tonto había sido!, se había propuesto pedir disculpas a su tío por haberle ofendido con sus radicales palabras del día anterior, por considerar que, aunque pensasen de muy diferente manera, su pariente era merecedor de respeto.

¿Pero qué respeto se puede tener a un mentiroso?

Era muy difícil todo aquello. Los que hablaban del valor de la experiencia, debían de tener sin duda razón. Se dio cuenta de que no se encontraba con ánimos para fingir, cosa que tendría que hacer si iba a la taberna y Asensio le preguntaba algo así como “pero chico qué cara traes” y decidió volver a la posada y aunque era temprano para ello, intentar dormir. Pasó una noche muy mala, se levantó al alba, harto de darle vueltas en su cabeza al mismo asunto, y supo que necesitaba compartir su desazón y pensó hacerlo con Walter. Le conocía muy poco, de solo una breve charla, pero algo de ella, le había resultado reconfortante, y además no conocía a más personas, únicamente a él y a Asensio, porque la familia de Don Fermín y él mismo, quedaban totalmente descartados para un asunto como el que le ocupaba. La fonda de la Juanita se encontraba en el extremo sur del pueblo y saliendo de ella, Jorge caminó sin rumbo, sentándose un largo rato bajo los árboles frente al pórtico de la iglesia, luego pasó por la plaza en la que las caseras se ocupaban en disponer su mercancía, más tarde estuvo mucho tiempo contemplando desde una esquina la espléndida casa donde vivía Zuriñe. Siguió rumbo norte,

pasó junto al frontón, el convento de las monjas y se encontró fuera del pueblo mirando los montes. Volvió sobre sus pasos y se encaminó a la taberna pues sintió apetito.

Asensio le preparó un par de huevos fritos con pimientos rojos, que estaban deliciosos y tras dar buena cuenta de ellos, preguntó al tabernero:

—¿Sabes si Walter vendrá esta mañana?

Asensio miró al reloj isabelino de caja de ondas que en la pared tenía, y viendo que eran las once y media, respondió:

—Estará al caer.

Efectivamente, al poco rato, apareció Walter que, saludando a la concurrencia, se sentó en la mesa que ocupaba Jorge.

—¿Qué tal has dormido en la posada?

—Apenas he dormido — respondió Jorge —.

—¿Y eso?

—Ayer después de estar contigo y con Asensio, me ocurrió algo que me tiene muy confuso.

—¿Quieres contármelo?, si puedo te ayudaré — se ofreció Walter —.

—Precisamente había pensado en ti para que me ayudes a aclararme.

—Bien, en ese caso, aquí me tienes a tu disposición.

—Gracias. Vamos a ver cómo te lo cuento. Bueno...a ver. Ayer después de hablar con vosotros fui a casa de mi tío, a recoger mi equipaje para irme a la posada, y le sorprendí en la cama con su sirvienta Margarita, y desde entonces, no consigo quitarme esa imagen de la cabeza.

—No es para menos. Pero dime, eso que has visto ¿qué significa para ti? — preguntó con cautela Walter —.

—¿A qué te refieres?

—A lo que has pensado o mejor a lo que has sentido. ¿Sorpresa?, ¿enfado?, ¿asco?

—Tengo muy poca experiencia en lides amorosas, pero si hubiese sorprendido a otros en esa situación, es seguro que hubiese salido corriendo de la vergüenza, pero sonriendo, y sin embargo en este caso, me he sentido, primero estupefacto y luego muy confuso, porque no asimilo el asunto, no termino de situarlo en el plano de la vida real.

—¿Porque el follador era tu tío, o porque era un cura?

—Pues...

—¿Te ha parecido mal lo que has visto? — siguió Walter —.

—Lo que he visto no, lo que he descubierto — respondió Jorge —.

—Sigue — le animó Walter —.

—Yo no conozco bien a mi tío. Su hermana, mi madre, hablaba maravillas de él y no se cansaba de repetir que era un santo. Ayer se puso hecho una furia porque hablé de la libertad de pensamiento. Tenía una imagen de él que se ha desbaratado por completo, y no estoy muy seguro de tener derecho a pensar que es un farsante y un miserable.

—Yo no me atrevería a llamarle miserable, pero sí farsante. No tenía ni idea de que tu tío Anselmo tuviese esa relación, pero tampoco es tan sorprendente. Los curas católicos tienen la obligación de ser célibes, pero eso no significa que lo sean y a los hechos me remito. Y a propósito, vamos a preguntarle a Asensio, si él sabe algo sobre los folleteos de tu tío y Margarita, siempre que te parezca bien claro.

—Me parece bien.

En cuanto vieron que el dueño de la taberna estaba desocupado, le hicieron una seña, el tabernero se acercó a su mesa y Walter le

informo sucintamente del que llamó escabroso asunto. Al oír las primeras palabras del inglés, Asensio supo que aquel no era asunto leve y, desde luego, no de los de escucharlo en pie, por lo que, con parsimonia, gesto pícaro y estudiada ceremonia, tomó asiento junto a ellos y dijo:

—El asunto no es escabroso Walter, es simplemente sabroso y con su pizca de pimienta. Y sí, yo sabía que follaban y desde hace tiempo, probablemente desde que Margarita se instaló en el chalet parroquial, hace ya unos diez años, y lo sabía por dos fuentes, una el mismo párroco, porque un día aquí en mi taberna, se quejó de ella, diciéndome, “hay algunos días que se pone insoportable” y mi séptimo sentido me dijo que no decía eso porque no le había planchado la camisa a tiempo, y cosas de la vida, la carnicera de la plaza lo sabía por boca de la propia Margarita, y yo lo supe por la carnicera que me dio el soplo, como gran secreto y para devolverme un gran favor que me debía, haciéndome eso sí, jurar por todos los evangelios que me callaría como muerto. Así que, si yo lo sé, es muy probable que lo sepa medio pueblo.

—Tremendo — se rio Walter —.

—¡La leche! — dijo Jorge —, si lo sabe tanta gente, las risas que deben de hacer a sus espaldas, cuando se pone a predicar santidades, deben de ser muchas, creo.

—Y crees muy bien, ¿pero te puedes imaginar las consecuencias para alguien que se fuese de la lengua? — señaló Asensio —.

—¿Excomunió? — ironizó Walter —.

—Yo hablaría — dijo solemne Asensio —, de asesinato. ¿Os imagináis a uno que se haya podido enterar hace muy poco, y que mañana vaya a confesarle que se ha follado a la vecina, y el cura le eche una bronca de mil pares de puñetas, y luego le amenace con decírselo a su mujer, para tenerlo amarrado por los huevos?, y el de los testículos sujetos le diga ¿y usted qué padre?

—Tienes razón — dijo Walter ahogándose de la risa — si le dicen eso, y no le da un infarto, Anselmo lo mata.

Jorge, poco a poco, fue desdramatizando la situación en la que estaba viviendo motivada por los impensables, para él, devaneos de aquel hombre de Dios. Era divertido todo aquello y fue progresivamente comprendiendo que, al poner el asunto sobre la tierra, sin espiritualizarlo y sobre todo al intelectualizarlo, se comprendía mejor. Sí señor, era muy divertido pensar que curas del tiempo actual y también teólogos de este y otros tiempos, no tenían y no habían tenido rubor en afirmar que la obligación de celibato de los ministros consagrados era verdad revelada por Dios. Y Jorge se sintió mucho mejor y su mejoría aumentó con la proposición que Walter le hizo.

—Jorge, ayer después de que me dijiste que te ibas de casa de tu tío a vivir a la fonda, hablé con Eulali, que es la mujer con la que vivo, y muy felizmente, por cierto, — guiñó un ojo a Asensio —, y le pregunté si podría alojarte y me dijo que sí. Si te parece bien, hablas con ella del precio del alojamiento, y si os ponéis de acuerdo, viviríamos juntos, cosa que estoy seguro me va a agradar. Su casa es grande y buena, tiene cinco habitaciones y solo se usa la nuestra. Desde que vivo con ella, no quiere que haya nadie más en casa, pero tú eres una excepción y tampoco te quedarás mucho tiempo en el pueblo ¿no?

—Pues no lo sé, por el momento hasta que termine el verano y luego ya veremos si me instalo aquí o voy a San Sebastián. Tengo que hablar de ello con Zuriñe, la hija de Don Fermín — dijo Jorge —.

—¡Ah malandrín! —rieron los dos hombres —.

Walter invitó a comer a Jorge y después de tomarse sus cafés y fumarse unos puritos, que al tabernero le suministraban más o menos de contrabando, fueron a casa de Eulali a tratar sobre lo del alojamiento. Llegaron a un acuerdo sin problemas y Jorge tras liquidar su cuenta en la fonda de Juanita, se instaló en casa de Eulali.

Capítulo VI: Los poderes en Mendiur

El jueves 4 de septiembre de aquel año del señor de 1873, estaba convocado el pleno del ayuntamiento de Mendiur y se preveía gresca. El consistorio lo componían ocho concejales más el alcalde Lucas Barrasa.

La distribución ideológica de estos nueve elementos se podía simplificar de la siguiente manera: Cuatro concejales carlistas, otros tres liberales, un independiente y el alcalde que era el jefe de la facción carlista del pueblo, pero que generaba suspicacias incluso

entre sus nominales correligionarios que, en público, ponderaban su liderazgo, pero que en privado, lo solían criticar con frecuencia. La causa de esta discordancia eran los vaivenes que daba su política, según más y mejor a él le conviniera.

Ha de tenerse en cuenta que, exceptuando a Don Fermín, Barrasa era el hombre más rico del pueblo, y los dos lo eran con mucha diferencia sobre el tercero. Estos patrimonios no estaban mensurados pero los vecinos, de haber sido preguntados, hubieran respondido con toda seguridad que, primero Don Fermín, luego Barrasa el alcalde, y a mucha distancia y más o menos por igual, Antonio el carnicero, carlista y Don Bernardo el boticario, liberal. Los cinco restantes, Efraín el maderero, carlista como Don Jaime el médico, y Agustín el panadero, junto con el independiente José el de la posta y Asensio el tabernero, que más que liberal era libertario, no eran considerados y ciertamente no lo eran, hombres de fortuna ni mediana. José, el independiente, era fundador y único militante del “Partido Anarquista de Derechas” que había conseguido en las últimas elecciones municipales su acta de concejal por los pelos, pero lo había hecho, y era considerado por la ciudadanía como un simpático visionario.

La bronca que se preveía se deducía con la simple lectura del orden del día, que era el siguiente:

- 1.- Lectura y aprobación, en su caso, del acta de la sesión anterior.
- 2.- Propuesta de Don Fermín.
- 3.- Comunicación de Don Anselmo.
- 4.- Establecimiento de cifra de gastos para el Sr. alcalde.
- 5.- Propuesta de aportación municipal a la causa de Don Carlos.
- 6.- Peticiones para próximos plenos.

Al pleno, podía asistir cualquier vecino que lo deseara y allí estaba Walter, tomando el pulso a la administración municipal. Se inició la sesión de pleno a las diez de la mañana con la lectura por el secretario del acta de la sesión anterior que fue aprobada tras subsanarse el error de haber escrito ladridos, en vez de ladrillos, en el proyecto de construcción de una caseta municipal para albergar material diverso.

Intervino a continuación Don Fermín, iniciando la lectura de un extenso documento, sobre la situación política de la Alemania gobernada por Otto von Bismarck, y su lucha de ya varios años, contra la iglesia católica. Fue interrumpido desabridamente por el concejal Antonio que le espetó:

—¿A qué coño viene toda esa historia?, como si los alemanes supiesen algo de religión.

Don Fermín, con elegante gesto, alzó sus ojos de los papeles que leía, depositó estos en la mesa y contestó al desabrido:

—Te diré estimado colega, aunque tú no sepas qué significa la palabra colega, que esto no es una historia en el sentido en que tú borrico empleas esa palabra, pero sí hará historia. Te informo además, de que los alemanes sí saben de religión, sobre todo los intelectuales católicos que han decidido no someterse al dogma de la infalibilidad del Papa de Roma que, como tú tampoco sabes, fue declarado el 18 de mayo de hace tres años. Y todo esto viene a cuento del último sermón de Don Anselmo en el que dijo que las opiniones políticas que no sean aceptadas por la iglesia son falsas. Y aunque tú no, él sí sabe que en ese país, hace ya casi dos años, se votó y aprobó una ley que allí han llamado “del párrafo del púlpito”, para dotar de poderes a las autoridades civiles, en evitación de abusos de los sacerdotes que, desde el púlpito, predicaban de política. Así que amigo, permíteme continuar.

Don Fermín continuó en medio de un respetuoso silencio y concluyó solicitando de la corporación que se dirigiesen al párroco en demanda

de que no diese mítines políticos desde su púlpito. La propuesta no se debatió y fue derrotada en la subsiguiente votación, mediante los votos en contra de los cinco carlistas que le evitaron al alcalde el engorroso encargo, caso de haber prosperado la moción de Don Fermín, que no se molestó y fue efusivamente aplaudido por los otros dos liberales y el anarco derecho.

Se abordó seguidamente el tercer punto del orden del día, dándose lectura por parte del secretario, de la carta de Don Anselmo que en el ayuntamiento se había recibido hacía dos días.

El texto de esta carta era el siguiente:

“Alcalde: Te comunico que:

Asensio Arteche, concejal de ese ayuntamiento y conocido tabernero de esta localidad, ha colocado en su taberna un cartel en el que pone “Jesucristo nació 4 años antes de Cristo”.

Sabes que conozco bien a Asensio y acertarás si supones que ya le he dicho lo que le tenía que decir. Sabes también que no vas a poder obligarle a que lo quite, aunque le pongas una multa de cojones, cosa que yo aplaudiría. Por tanto, esto que te mando no es una denuncia, porque eso no serviría para nada.

Lo que yo quiero es que hagas un bando para comunicar a todo el pueblo que lo que dice Asensio es mentira, pues aunque algunos dicen que el monje Dionisio el Exiguo allá en el siglo VI se equivocó al hacer el cómputo del nacimiento de Nuestro Señor, esa afirmación no es del todo veraz, puesto que con anterioridad a él, Eusebio de Cesárea y también Tertuliano e Irineo de Lyon, demostraron que Jesús nació dos años antes de su nacimiento oficial, y como ni el Exiguo ni los demás contaron el año cero, pues la cosa queda en nada.

Y como sois unos ignorantes, y no sabéis lo que es el año cero, os diré que es el del tránsito entre la era romana, que se cuenta Ab urbe

condita, que os perdono no sepáis, que significa desde la fundación de la ciudad, naturalmente Roma, a la era cristiana.

Lo dicho, que después de hacer bien las cuentas, la cosa queda en nada. Así que Jesucristo nació cuando nació y se acabaron las discusiones, y a ver si te das prisa con lo del bando”.

El boticario casi se cae de su silla del ataque de risa que le dio. Asensio adoptó una actitud desafiante, mirando retadoramente al alcalde, con un mensaje sin palabras que, todos los presentes sabían quería decir “a que no tienes cojones”. Los carlistas miraban a los pajaritos a través de las ventanas y Don Fermín, dirigiéndose al alcalde, le dijo:

—Yo y los míos, votaremos a favor de ese bando que pide Don Anselmo. Lo que él dice es una chorrada, pero muchos del pueblo aprenderán un poco de historia y algo de latín, cosa que será provechosa para ellos.

Se aprobó pues, la petición del cura y se comisionó al secretario, para que redactase el bando municipal, que provocó días después, muchas risas y comentarios, a cual más extravagante, que cabrearon bastante al docto sacerdote.

Se abordó, tras un breve receso, obligado por el alboroto que ocasionaban los de la oposición a la mayoría carlista, con sus risas y aspavientos, el espinoso tema de establecer una cifra de gastos de la que dispondría el alcalde en sus labores de representante del pueblo ante autoridades superiores y visitantes que llegaran a la muy noble y leal villa de Mendiur.

Nada más ser leída por el secretario la propuesta de acuerdo, el alcalde trató de someter, sin debate, el asunto a votación, pero Don Bernardo el boticario, no se lo permitió y tomando la palabra, la usó de la siguiente manera:

—¡Para Lucas!, para. Tu propuesta se fundamenta en que ya existe esa norma en otros ayuntamientos, pero el secretario puede informarte asimismo de que existe, pero como excepción, y que solo es aplicable en capitales de provincia de primer rango. Por ello, se ha instaurado en ciudades como San Sebastián, entre otras cosas, porque desde que el médico de la reina Isabel II, le recomendó a ésta que tomara baños de mar para que la ayudaran a sanar su afección de herpes, la ciudad se ha puesto de moda, y allí acuden cada verano además del séquito de la realeza de turno, multitud de arribistas y conseguidores de negocios, entre los que, mira por dónde, quieres encontrarte tú, a costa de los vecinos de Mendiur y para nuestra vergüenza si nosotros lo consentimos.

—¡Eso no es verdad! — bramó el alcalde —, hasta ahora, cada vez que he ido a la capital a hacer alguna gestión o a cumplimentar a alguna autoridad, lo he hecho gastándome mi dinero en beneficio del pueblo.

—¿Cómo cuando fuiste a Estella?, mamón, adonde fuiste a postrarte de hinojos ante tu rey Carlos el Séptimo, gastándote nuestros dineros.

—Asensio...no me toques los huevos — advirtió el alcalde —.

—¿Cómo no va a tocártelos si andas perdiendo el culo para que te den un cargo en su gobierno? — dijo nada suavemente el boticario —.

—Bueno, se acabó, a votar la propuesta — dijo el alcalde —.

—¡Ni hablar! — gritó el boticario dirigiéndose frontalmente al alcalde— tus gastos por cuenta del municipio dejan mucho que desear, y los últimos que te ha pagado el secretario, sin autorización del pleno, son, cuando menos, indecorosos, y cuando más, propios de un sinvergüenza, así que...

—¡Bernardo! — vociferó el alcalde —, no te tolero que...

—Soy yo el que no te tolera y no va a permitir que cobres una factura de quinientos reales, por una comida con un diputado de Madrid en casa de la Renovales. Primero porque no. Segundo porque supongo

que tú y tu amigo el diputado habréis tenido después de esa comida las atenciones de alguna de las Marías, y esas atenciones van en la cuenta, y eso es demasiado Lucas.

—Las atenciones que me hagan las Marías, las pago yo — se defendió el alcalde —.

—Pues ya me dirás entonces de dónde salen los quinientos reales. Tú les pagas a tus obreros cien reales al mes y con eso tienen que vivir y mantener a su familia ¿y pretendes que esos mismos obreros más todos los demás, te paguemos con los impuestos tus francachelas?, pues no señor — finalizó el boticario —.

El alcalde estaba rojo por la ira que le embargaba, y no supo rebatir este último argumento. Los concejales carlistas que habían estado mudos durante el rifirrafe del alcalde con los liberales miraron a su correligionario Antonio, el único que, en ocasiones, se atrevía a oponerse al alcalde, el carnicero captó su súplica y manifestó:

—Yo voy a votar en contra de que se habilite un fondo de gastos para la alcaldía.

Eso significaba que en ningún caso y de ninguna manera, dado que los tres liberales y el independiente votarían también en contra de la propuesta, lo que totalizaba cinco votos en contra de nueve posibles, que el alcalde pudiera conseguir la mayoría y aprobar con ello lo de los gastos para representación municipal. El alcalde abandonó el salón de plenos, dando un sonoro portazo y hasta los concejales carlistas sonrieron con malicia.

Dando por finiquitado el cuarto punto del orden del día, el secretario, con buen criterio, manifestó ser su opinión que no procedía, tras la situación que se había producido, entrar a debatir el siguiente punto que no era otro que una aportación municipal a la causa del pretendiente carlista. No hubo objeción y cuando el secretario estaba preguntando a los concejales si tenían alguna petición para el siguiente pleno, entró en la sala un hombre que pidió hablar. Se

trataba del dueño del caserío Andikua y se mostraba muy alterado. Don Fermín se acercó a él. Le escuchó un momento y calibrando la gravedad del asunto, le pidió que se dirigieran al pleno en su conjunto. Así lo hizo el hombre y con voz quebrada relató que:

“Esta mañana, estaba yo en el monte, no muy lejos del caserío y la Antxoni, para que yo no perdiera tiempo, porque andaba atrasado con el trabajo, me subió el amarretako, dejando al niño dormido en la cocina y cuando volvió, ya no estaba. Le hemos buscado por todas partes, pero no lo hemos encontrado, y vengo a que los del pueblo nos ayudéis a encontrarlo”.

Todos los presentes se mostraron afectados y Don Fermín, ejerciendo de alcalde, hizo que llamaran a dos empleados municipales y les ordenó que fueran contando por todo el pueblo lo que les había pasado a los de Andikua, y que los que quisieran ayudar en la búsqueda, se presentaran en una hora en los arcos del ayuntamiento, para recibir instrucciones y organizar las batidas para dar con el niño perdido. Terminó de esta manera aquel movido pleno municipal en el ayuntamiento de la villa de Mendiur, y antes de que se levantaran de sus asientos los concejales asistentes, Walter ya estaba hablando con el padre del niño, preguntándole:

—¿Habéis visto en los últimos días a alguien rondando por vuestro caserío?

—Rondando no — respondió el hombre — cerca del caserío, pasa gente, pero yo no he notado nada raro.

—Has dicho que el niño tiene dos años ¿no? — dijo Walter —.

—Sí, — respondió el padre —, dos años y medio.

—Y que tu mujer lo dejó dormido en la cocina — prosiguió el periodista —.

—Sí, en un colchón de paja pequeño que tenemos — dijo el casero —.

—¿Y andaba lo suficientemente bien como para alejarse él solo del caserío y caer en un zulo?

—Anda muy bien, el otro día, estaba conmigo cuando cortaba leña en la puerta de la cuadra, se me escapó y le encontré llorando en unas zarzas de bastante lejos.

—¿Puedo ir a vuestro caserío a echar un vistazo? — preguntó con cautela Walter —.

—Claro que sí. Voy a esperar a ver cuántos vienen a buscar al hijo y luego volvemos al caserío.

—Bien, pues si no te parece mal, te hago compañía hasta ese momento, y luego voy contigo a vuestra casa — concluyó Walter —.

Y así, el periodista fue informándose del modo cotidiano de vivir de aquel matrimonio, que vivía en un caserío a unos dos kilómetros por la carretera que llevaba al sur, que él conocía desde fuera, por haberlo visto cuando salía del pueblo en esa dirección. Pero el interés de Walter tenía un motivo que iba más allá del simple interés periodístico por una desaparición, o mejor, el interés periodístico por la desaparición de un niño se veía incrementado porque desde que inició sus andanzas por los territorios del País Vasco, era la tercera vez que tenía conocimiento de una noticia similar.

La primera de ellas se produjo a las pocas semanas de llegar cuando oyó algo parecido cerca de Fuenterrabía, y la segunda hacía año y medio en Urrechu, hablando con dos soldados, uno de los cuales decía al otro, que su hermano pequeño desapareció del caserío antes de empezar la guerra y que nunca más habían vuelto a saber de él. Pero este soldado dijo algo más, y fue que en su familia creían que el niño había sido robado.

Antes de una hora, se habían presentado en la puerta del ayuntamiento, ochenta y tres vecinos dispuestos a ayudar en la búsqueda del niño. El alguacil los distribuyó en doce grupos y, en línea